

SOLEMNIDAD DE LA SANTA TRINIDAD "A"

7 de Junio de 2020

Somos compañeros en un viaje / ... porque creemos en el amor a nuestro Dios, / Creemos en el amor de nuestro Dios. (Carey Landry, 1985)

Estas letras familiares, extraídas del estribillo del himno, ***Compañeros en el viaje*** son un lente a través de la cual quiero reflexionar con ustedes en esta fiesta de la Santísima Trinidad.

Desde el momento de nuestra creación a la "imagen y semejanza" de Dios, Dios ha deseado una unión entre nosotros. Incluso cuando rechazamos a Dios a través del pecado original, la historia de las Escrituras nos dice que Dios fue al jardín en busca de Adán y Eva. Aunque reprochándoles a ellos por su pecado, y les informó de sus consecuencias, y Dios inmediatamente les extendió la misericordia. Dios cosió prendas de cuero para que se cubrieran de su desnudez y vulnerabilidad. En la Cuarta Oración Eucarística de la Misa, proclamamos esta misericordiosa fidelidad de Dios para nosotros: ***“Cuando por desobediencia perdiste tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca. Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación”.***

Las tres lecturas de las Escrituras de hoy hablan de este amor y misericordia de Dios hacia nosotros, su fidelidad a sus promesas, su compañía en nuestro viaje.

En la primera lectura encontramos el encuentro entre Moisés y Dios en el monte Sinaí. Dios proclama a sí mismo: ***“Yo soy el Señor, el Señor Dios, compasivo y clemente, paciente, misericordioso”.*** Entonces Moisés respondió: ***“Si de veras he hallado gracia a tus ojos, dignate de venir ahora con nosotros, aunque este pueblo sea de cabeza dura perdona nuestras iniquidades y pecados, y tómalos como cosa suya”.*** Ciertamente puedo encontrar mi propia historia de mi vida aquí, en momentos en que he sido resistente a la palabra de Dios, la ley de Dios, "de cabeza dura" en la búsqueda de mis propios objetivos, haciendo mi propia voluntad en vez de la voluntad de Dios. Sin embargo, fiel a su palabra y promesa, Dios no me ha abandonado. Al igual que Adán y Eva, Moisés y el pueblo hebreo, Dios extiende su misericordia y gracia, y continúa viajando conmigo. Y esto es lo que me da esperanza, fuerza y coraje para continuar. Y lo mismo es cierto para todos nosotros.

La selección del Evangelio de hoy es una de las declaraciones más queridas y conocidas del amor y de la misericordia de Dios: ***“Tanto Dios amó al mundo, que le entregó a su único Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna”.*** "Jesús es el regalo supremo del amor y la misericordia de Dios. En Jesús, Dios entró en plenitud en nuestra naturaleza humana, en nuestro viaje humano, incluso San Pablo nos enseña citando un himno de la iglesia primitiva: ***“hasta la muerte y esa muerte en la cruz”***, una muerte reservada para las personas más despreciadas y rechazadas. A través de Jesús, Dios revela que nadie está fuera de la gracia de la salvación divina. En Jesús, Dios nos

acompaña, incluso a los peores y más despreciados de entre nosotros, y Él nos ofrece su misericordia. ***"Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo pueda ser salvado a través de él"***. Como he mencionado en homilías anteriores, espero que en nuestros hogares, tengamos algún lugar donde podamos encontrarlo a diario, donde de manera prominente se muestre un crucifijo o una cruz, no primordialmente como un signo de brutalidad y muerte humana (¡aunque la muerte de Jesús así fue!), sino como un continuo signo de Dios de su abnegado amor, de su misericordia y de su perdón.

Nuestra lectura de la epístola canónica de hoy, que enumera los atributos que deberían marcar nuestras relaciones los unos con los otros y con todas las personas como recipientes del amor y la misericordia de Dios a través de Jesús; quienes ahora experimentamos el continuo acompañamiento de Dios en nuestro viaje de la vida a través de la presencia del Espíritu Santo. Tengo la esperanza que todas las expresiones de cuidado y preocupación que hemos presenciado entre tantos diferentes individuos y grupos de personas, durante este tiempo del coronavirus, que no desaparezcan cuando la amenaza de este virus, que nos forzaron a un distanciamiento social, y aislamiento, desaparezcan cuando estas sanciones comiencen a levantarse. Si Dios quiere, nuestro viaje comunitario como compañeros en estos últimos meses tenga un resultado en conversiones individuales profundas, como iglesia, como nación y en el mundo, que puedan reconocer a nuestros comunes hermanos y hermanas, el amor, la compasión, el perdón y la misericordia en que estamos llamados a compartir como los amados hijos de Dios.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con nosotros como compañeros en el viaje de quien cree y proclama el amor de nuestro Dios.

Padre Jim Secora